

EL EVANGELIO
SEGÚN **MARCOS**

REINA
VALERA **2020**

EL EVANGELIO
SEGÚN **MARCOS**

REINA
VALERA 2020



Sociedad Bíblica

Sociedad Bíblica es una entidad cristiana sin ánimo de lucro miembro de las Sociedades Bíblicas Unidas (SBU), una fraternidad mundial de Sociedades Bíblicas Nacionales que trabajan en más de doscientos países. El reto que nos impulsa es alcanzar a cada persona con la Biblia o alguna parte de ella, en el idioma que pueda leer y entender, y a un precio que pueda pagar. Para lograr su objetivo las Sociedades Bíblicas se esfuerzan en la traducción de la Biblia. Actualmente se trabaja en más de setecientos proyectos de traducción bíblica en todo el mundo, así como en su publicación y distribución. Las Sociedades Bíblicas distribuimos más de 800 millones de escrituras cada año. También trabajamos en la preparación y realización de actividades para difundir el conocimiento, lectura y uso eficaz de la Biblia, y subvencionamos escrituras a las Iglesias y organizaciones cristianas para su uso y distribución.

Invitamos a cualquier persona que sienta el reto de difundir la Biblia, a unirse con sus oraciones y donativos a nuestros programas de apoyo a la obra bíblica en nuestro país y en el resto del mundo. Para más información, visite nuestra web www.sociedadbiblica.org y nuestra tienda online www.todobiblia.com.

© Esta edición
Sociedad Bíblica
c/ General Lacy, 7
28045 Madrid
España
www.sociedadbiblica.org
www.todobiblia.com

Texto bíblico: Reina Valera 2020
© Sociedad Bíblica de España
Antigua versión de Casiodoro de Reina (1569), revisada por Cipriano de Valera (1602).
Revisiones anteriores con la participación de Sociedad Bíblica de España: 1862, 1909, 1960 y 1995.

Diseño de cubierta: Sociedad Bíblica de España
© Ayudas de esta edición: Sociedad Bíblica de España
ISBN: 978-84-8083-637-1

Impreso en 2020.

Prohibida la reproducción total o parcial del contenido de esta publicación sin la autorización expresa de los propietarios.

REINA VALERA 2020

Acerca de la nueva revisión

¿Por qué una nueva revisión?

El carácter vivo de las lenguas y de las transformaciones que en ellas se operan con el tiempo bien pudiera ser esa corteza del árbol que dificulta que la miel de la Palabra de Dios fluya y alimente adecuadamente. De ahí la necesidad de recurrir a la sabia pericia de los maestros revisores que, con su mazo, dan nueva vida a las traducciones.

En efecto, para muchas personas, leer la versión de 1569 sería una labor ardua, y posiblemente, insatisfactoria. Por eso precisamente ha sido necesario, a lo largo de los últimos 450 años, hacer revisiones periódicas del texto original de Reina, para ponerlo más a tono con las formas contemporáneas de la lengua.

Treinta y tres años habían transcurrido desde que se publicó en Basilea la traducción de Casiodoro de Reina y se hacía necesaria una revisión. Desde entonces, casi una veintena de revisiones la han seguido.

¿Quiénes han llevado a cabo esta nueva revisión?

Esta revisión que ofrecemos es fruto del compromiso y responsabilidad que la Sociedad Bíblica de España ha tenido, y sigue teniendo, con los lectores y oyentes de la Biblia Reina-Valera. Así pues, el trabajo realizado no es más que un ejercicio de continuidad con lo ya realizado en épocas pasadas participando de forma activa en las revisiones de 1909, 1960 y 1995, y con los mismos niveles de fidelidad y respeto al texto original, a la tradición textual Reina-Valera, y a los mejores textos bíblicos en las lenguas originales (hebreo, arameo y griego).

¿Cómo se ha realizado esta revisión?

Constituido el Comité multidisciplinar de revisión (filólogos, lingüistas, estilistas y teólogos) bajo la dirección y supervisión del Departamento de Traducciones de Sociedad Bíblica de España, se distribuyó la base textual de Reina-Valera entre los miembros del equipo. Primeramente se procedió a la revisión lingüística y estilística del Nuevo Testamento, y una vez finalizado este proceso, fue revisado por otros miembros del equipo que también hicieron una lectura teológica. De igual manera se procedió con el Antiguo Testamento. Finalizado este proceso se dio a leer a un grupo de lectores, y sus sugerencias fueron estudiadas por los miembros del equipo. Las sugerencias aprobadas fueron incorporadas a la base textual.

¿Qué novedades relevantes ofrece?

El equipo que ha trabajado en esta revisión ha respetado cuidadosamente la base textual original de la Biblia del Oso. Por ello, aunque se ha cotejado la traducción con la *Biblia Hebraica Stuttgartensia* (para el Antiguo Testamento) y con el llamado «texto crítico» del Nuevo Testamento (Edición de Sociedades

Bíblica Unidas), se ha evitado hacer correcciones de tipo textual. Sin embargo, en la «edición de estudio» se han incluido notas a pie de página en las cuales se recogen las variantes textuales más relevantes que ofrecen los numerosos e importantísimos descubrimientos de manuscritos antiguos, así como algunas reseñas de crítica textual.

El equipo revisor siendo plenamente consciente de no estar realizando una nueva traducción, sino una revisión de un texto que goza de amplio reconocimiento y prestigio ha tenido siempre en cuenta la tradición textual Reina-Valera y, por ello, se ha ceñido escrupulosamente a las opciones exegéticas originales. Solo se han realizado modificaciones en pequeños aspectos exegéticos que se han considerado necesarios por estimar que esas variaciones podían aclarar o mejorar la comprensión del texto. Así mismo, se ha adecuado el texto a la normativa gramatical y ortográfica vigentes. Respecto a la puntuación se ha relajado su uso, siempre que era posible, siguiendo la tendencia actual.

Se han sustituido las palabras que han dejado de ser comprensibles para la mayoría de los lectores de esta nueva revisión. También se han sustituido palabras que, aunque comprensibles, no reflejan hoy, con precisión, el significado del texto original. Del mismo modo se han cambiado aquellas expresiones que ahora nos resultan extrañas o que resultan incomprensibles para el lector medio actual.

Se ha procurado ofrecer una redacción más ágil sin perder por ello el estilo característico Reina-Valera. En la medida de lo posible se ha evitado realizar cambios que pudieran alterar sustancialmente aquellos pasajes que gozan de un mayor reconocimiento.

A diferencia de revisiones anteriores, en esta nueva revisión se ha sustituido el nombre «Jehová», y en su lugar, siguiendo la mejor tradición crítica y textual, se ha optado por «el Señor». Lo mismo se ha hecho con el término «Verbo» en los textos correspondientes de los escritos joaninos, y se ha sustituido por el término «Palabra».

A modo de conclusión

Casiodoro de Reina y Cipriano de Valera fueron traductores cuyas obras hicieron época. De eso no hay duda. Su obra ha durado mucho más de lo que ellos mismo pudieron llegar a imaginar. Sus nombres han quedado inexorablemente vinculados a la historia del protestantismo de habla castellana. Y con esta nueva y necesaria revisión nos unimos, de forma humilde, a su trabajo quitando alguna corteza que el paso del tiempo ha hecho surgir en el árbol que, fuerte y frondoso, da cobijo al panal de dulce miel de la Palabra de Dios en lengua castellana desde un 28 de septiembre de 1569.

EVANGELIO SEGÚN MARCOS

Título (1.1)

1 ¹Principio del evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios.

Preliminares (1.2-13)

Predicación de Juan el Bautista

(Mt 3.1-12; Lc 3.1-9, 15-17; Jn 1.19-28)

²Como está escrito en el profeta Isaías:

He aquí yo envío mi mensajero delante de ti, el cual preparará tu camino delante de ti.

³ *Voz de uno que clama en el desierto:*

«Preparad el camino del Señor.

¡Enderezad sus sendas!».

⁴Juan bautizaba en el desierto y predicaba el bautismo de arrepentimiento para perdón de pecados.

⁵Acudían a él todos los habitantes de la provincia de Judea y todos los de Jerusalén, y, confesando sus pecados, los bautizaba en el río Jordán.

⁶Juan estaba vestido de pelo de camello, tenía un cinturón de cuero alrededor de su

cintura y se alimentaba de saltamontes y miel silvestre. ⁷Predicaba diciendo:

—Viene tras de mí el que es más poderoso que yo, a quien no soy digno, habiéndome agachado, de desatar la correa de sus sandalias. ⁸Yo os he bautizado con agua, pero él os bautizará con Espíritu Santo.

El bautismo de Jesús

(Mt 3.13-17; Lc 3.21-22)

⁹En aquellos días Jesús vino de Nazaret de Galilea y Juan le bautizó en el Jordán. ¹⁰En seguida, al subir del agua, vio que los cielos se abrían y que el Espíritu descendía sobre él como una paloma. ¹¹Y desde los cielos vino una voz que decía:

—Tú eres mi Hijo amado. En ti me complazco.

Tentación de Jesús

(Mt 4.1-11; Lc 4.1-13)

¹²Luego el Espíritu impulsó a Jesús a ir al desierto. ¹³Allí permaneció durante cuarenta días y fue tentado por Satanás. Vivió

entre las fieras y los ángeles le servían.

I. PRIMERA SECCIÓN: MINISTERIO EN GALILEA (1.14–8.26)

1. Predicación y curaciones (1.14–3.35)

Jesús comienza su ministerio

(Mt 4.12-17; Lc 4.14-15)

¹⁴Después que Juan fue encarcelado, Jesús se dirigió a Galilea y predicando el evangelio de Dios, ¹⁵decía:

—El tiempo se ha cumplido y el reino de Dios se ha acercado. ¡Arrepentíos y creed en el evangelio!

Jesús llama a cuatro pescadores

(Mt 4.18-22; Lc 5.1-11)

¹⁶Al pasar junto al mar de Galilea, vio a Simón y a su hermano Andrés echando la red en el mar, pues eran pescadores. ¹⁷Jesús les dijo:

—Seguidme y os haré pescadores de hombres.

¹⁸Al instante dejaron sus redes y le siguieron.

¹⁹Un poco más adelante vio a Jacobo, hijo de Zebedeo, y a su hermano Juan. Estaban en la barca reparando las redes ²⁰y los llamó. Ellos inmediatamente dejaron a su padre en la barca con los jornaleros y también le siguieron.

Un hombre que tenía un espíritu inmundo

(Lc 4.31-37)

²¹Fueron a Capernaún, y el sábado entró Jesús en la sinagoga y comenzó a enseñar. ²²Todos se admiraban de su enseñanza, porque les enseñaba como quien tiene autoridad y no como los escribas. ²³Pero había en la sinagoga un hombre con espíritu inmundo y gritó:

²⁴—¡Ah! ¿Qué tienes que ver con nosotros, Jesús nazareno? ¿Has venido a destruirnos? Sé quién eres: el Santo de Dios.

²⁵Jesús lo reprendió diciendo:

—¡Cállate y sal de él!

²⁶Y el espíritu inmundo, sacudiéndole con violencia, dio un alarido y salió de él. ²⁷Todos se asombraron y se preguntaban entre sí:

—¿Qué es esto? ¿Qué nueva enseñanza es esta que con autoridad manda aun a los espíritus inmundos, y le obedecen? ²⁸Muy pronto se difundió su fama por todas las regiones que circundan Galilea.

Jesús sana a la suegra de Pedro

(Mt 8.14-15; Lc 4.38-39)

²⁹Al salir de la sinagoga, Jesús, acompañado de Jacobo y Juan, fue a casa de Simón y Andrés. ³⁰La suegra de Simón estaba acostada con fiebre, y en seguida se lo dijeron. ³¹Entonces él se acercó, la tomó de la mano y la levantó. Inmediatamente le desapareció la fiebre y se puso a servirlos.

Jesús sana a muchos enfermos

(Mt 8.16-17; Lc 4.40-41)

³²Cuando se puso el sol y llegó la noche, le llevaron todos los enfermos y endemoniados. ³³Toda la ciudad se agolpó a la puerta. ³⁴Jesús sanó a muchos que padecían de diversas enfermedades y echó fuera muchos demonios; y a estos no les permitía hablar, porque le conocían.

Jesús recorre Galilea predicando

(Lc 4.42-44)

³⁵Se levantó Jesús muy de mañana. Cuando aún no había amanecido, salió de la ciudad y se fue a un lugar desierto. Allí se puso a orar. ³⁶Le buscaron Simón y los que con él estaban, ³⁷y hallándole le dijeron:

—Todos te buscan.

³⁸Él respondió:

—Vamos a los lugares vecinos para predicar también allí, porque para esto he venido.

³⁹Predicaba en las sinagogas por toda Galilea y echaba fuera los demonios.

Jesús sana a un leproso

(Mt 8.1-4; Lc 5.12-16)

⁴⁰Vino a él un leproso y le rogaba de rodillas diciendo:

—Si quieres, puedes limpiarme.

⁴¹Jesús, profundamente conmovido, extendió la mano, le tocó y le dijo:

—Quiero, sé limpio.

⁴²Tan pronto terminó de hablar, le desapareció la lepra y quedó

limpio. ⁴³Le despidió en seguida y le dijo con severidad:

⁴⁴—Mira, no digas a nadie nada, sino ve, muéstrate al sacerdote y ofrece, por tu purificación, lo que Moisés mandó, para que a ellos les sirva de testimonio.

⁴⁵Pero al salir, comenzó a publicar y a divulgar por todas partes el hecho. Así, pues, Jesús no podía ya entrar abiertamente en ninguna ciudad, sino que se quedaba fuera, en los lugares desiertos. Pese a todo, venían a él de todas partes.

Jesús sana a un paralítico

(Mt 9.1-8; Lc 5.17-26)

2 ¹Jesús entró otra vez en Capernaún después de algunos días. Cuando se supo que estaba en casa, ²inmediatamente se juntó mucha gente, de manera que ya no cabían ni aun a la puerta; y Jesús les predicaba la palabra. ³Entonces acudieron a él cuatro personas que llevaban a un paralítico. ⁴Como no podían acercarse a él a causa de la multitud, quitaron parte del techo de la casa donde Jesús estaba y por la abertura bajaron la camilla en que yacía el paralítico. ⁵Al ver Jesús la fe de quienes le llevaban, dijo al paralítico:

—Hijo, tus pecados te son perdonados.

⁶Estaban allí sentados algunos de los escribas y en sus corazones albergaban este pensamiento: ⁷«¿Por qué habla de ese modo?

Dice blasfemias. ¿Quién puede perdonar pecados, sino solo uno, Dios?».

⁸Jesús interiormente se dio cuenta al momento de lo que los escribas pensaban y les preguntó:

—¿Por qué pensáis así? ⁹¿Qué es más fácil, decir al paralítico: «Tus pecados te son perdonados» o decirle: «Levántate, toma tu camilla y anda»? ¹⁰Pues para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene potestad en la tierra para perdonar pecados —se dirigió al paralítico—: ¹¹A ti te digo: Levántate, toma tu camilla y vete a tu casa.

¹²El paralítico se levantó, tomó su camilla e inmediatamente salió en presencia de todos, y todos se asombraron y glorificaban a Dios diciendo:

—Nunca hemos visto tal cosa.

Llamamiento de Leví

(Mt 9.9-13; Lc 5.27-32)

¹³Jesús volvió después a la orilla del mar y toda la gente venía a él, y él les enseñaba. ¹⁴Al pasar, vio a Leví, hijo de Alfeo, sentado al banco de recaudación de los impuestos públicos, y le dijo:

—Sígueme.

Se levantó y le siguió.

¹⁵Estaba Jesús sentado a la mesa en casa de Leví, y aconteció que junto a él y sus discípulos se sentaron también numerosos recaudadores de impuestos y pecadores, porque eran muchos los que le habían seguido. ¹⁶Los

escribas y los fariseos, al verle comer con los recaudadores de impuestos y con los pecadores, preguntaron a los discípulos:

—¿Qué es esto de comer y beber con los recaudadores de impuestos y pecadores?

¹⁷Al oírlo, Jesús les dijo:

—Los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos. No he venido a llamar a justos, sino a pecadores.

La pregunta sobre el ayuno

(Mt 9.14-17; Lc 5.33-39)

¹⁸En cierta ocasión en que los discípulos de Juan y los de los fariseos estaban practicando el ayuno, se acercaron a Jesús y le preguntaron:

—¿Por qué los discípulos de Juan y los de los fariseos ayunan y tus discípulos no?

¹⁹Jesús respondió:

—¿Acaso pueden ayunar los invitados a una boda mientras está con ellos el novio? Mientras tienen consigo al novio no pueden ayunar. ²⁰Vendrán días cuando el novio les será quitado, y entonces sí, en aquellos días, ayunarán.

²¹Nadie remienda con paño nuevo un vestido viejo, porque el mismo remiendo nuevo tira de la tela vieja y se hace peor la rotura. ²²Y nadie echa vino nuevo en odres viejos porque el vino nuevo rompe los odres, el vino se derrama y los odres se pierden. El vino nuevo se ha de echar en odres nuevos.

Los discípulos arrancan espigas en sábado

(Mt 12.1-8; Lc 6.1-5)

²³Aconteció un sábado que, pasando Jesús por los sembrados, sus discípulos comenzaron a arrancar espigas. ²⁴Entonces los fariseos le dijeron:

—Mira, ¿por qué hacen en sábado lo que no está permitido?

²⁵Él les respondió:

—¿Nunca leísteis lo que hizo David y quienes le acompañaban cuando sintieron hambre?

²⁶Entró en la casa de Dios en los días en que Abiatar era sumo sacerdote, comió los panes de la proposición, de los cuales no está permitido comer sino a los sacerdotes, y también se los dio a quienes con él estaban.

²⁷También les dijo:

—El sábado se hizo para el hombre y no el hombre para el sábado.

²⁸Por tanto, el Hijo del Hombre es Señor incluso del sábado.

El hombre de la mano atrofiada

(Mt 12.9-14; Lc 6.6-11)

3 ¹Otra vez entró Jesús en la sinagoga y había allí un hombre que tenía atrofiada una mano.

²Acechaban a Jesús para ver si le sanaría en sábado con el fin de poder acusarle. ³Entonces dijo al hombre de la mano atrofiada:

—Levántate y ponte en medio.

⁴Y les preguntó a los demás:

—¿Está permitido en sábado hacer bien o hacer mal, salvar la vida o quitarla?

Pero ellos callaban. ⁵Entonces, mirándolos con enojo y entristecido por la dureza de sus corazones, dijo al hombre:

—Extiende tu mano.

Él la extendió, y la mano le fue restaurada.

⁶Salieron entonces los fariseos y se confabularon con los herodianos para destruirle.

La multitud a la orilla del mar

⁷Jesús se retiró al mar con sus discípulos y le siguió gran multitud procedente de Galilea. También, al haber oído cuán grandes cosas hacía, vinieron a él enormes multitudes de Judea, ⁸de Jerusalén, de Idumea, del otro lado del Jordán y de los alrededores de Tiro y de Sidón. ⁹Entonces dijo a sus discípulos que le tuvieran siempre lista la barca, para evitar que la multitud le oprimiera, ¹⁰puesto que, como había sanado a muchos, todos los que tenían dolencias se echaban sobre él para tocarle. ¹¹Y los espíritus inmundos, al verle, se postraban delante de él y gritaban:

—¡Tú eres el Hijo de Dios!

¹²Mas él los reprendía enérgicamente para que no le descubriesen.

Elección de los doce apóstoles

(Mt 10.1-4; Lc 6.12-16)

¹³Después subió al monte y llamó a quienes él quiso, y vinieron hacia él. ¹⁴Designó entonces a doce para que estuvieran con él y

para enviarlos a predicar,¹⁵ y que tuvieran el poder de echar fuera demonios.¹⁶ Los doce fueron Simón, a quien puso por sobrenombre Pedro; ¹⁷Jacobo, hijo de Zebedeo, y Juan, hermano de Jacobo, a quienes llamó Boanerges, es decir, «Hijos del trueno»; ¹⁸Andrés, Felipe, Bartolomé, Mateo, Tomás, Jacobo hijo de Alfeo, Taдео, Simón, el cananeo, ¹⁹y Judas Iscariote, el que le entregó.

La blasfemia contra el Espíritu Santo

(Mt 12.22-32; Lc 11.14-23)

²⁰Volvió a casa y se juntó de nuevo tanta gente que ni siquiera podían comer pan. ²¹Cuando lo oyeron sus parientes, vinieron para llevárselo, porque decían: «Está fuera de sí».

²²Pero los escribas que habían venido de Jerusalén decían que tenía a Beelzebú, y que por Beelzebú, príncipe de los demonios, los echaba fuera.

²³Jesús los llamó y les dijo en parábolas:

—¿Cómo puede Satanás echar fuera a Satanás? ²⁴Si un reino está dividido contra sí mismo, tal reino no puede permanecer. ²⁵Y si una casa está dividida contra sí misma, tal casa no puede permanecer. ²⁶Y si Satanás se levanta contra sí mismo y se divide, no puede permanecer, sino que llega su fin.

²⁷Nadie puede entrar en la casa de un hombre fuerte y saquear

sus bienes si antes no le ata. Solamente así podrá saquear su casa.

²⁸Os aseguro que a todas las personas les serán perdonados todos los pecados y las blasfemias, cualesquiera que sean; ²⁹pero quien blasfeme contra el Espíritu Santo no tiene perdón jamás, sino que es reo de pecado eterno.

³⁰Porque ellos habían dicho: «Tiene espíritu inmundo».

La madre y los hermanos de Jesús

(Mt 12.46-50; Lc 8.19-21)

³¹Entre tanto, llegaron la madre y los hermanos de Jesús y como se quedaron afuera enviaron a alguien para llamarle. ³²Entonces la gente que estaba sentada alrededor de él le dijo:

—Mira, tu madre y tus hermanos están afuera y te buscan. ³³Él les respondió:

—¿Quiénes son mi madre y mis hermanos?

³⁴Y mirando a los que estaban sentados a su alrededor dijo:

—Estos son mi madre y mis hermanos, ³⁵porque todo aquel que hace la voluntad de Dios, ese es mi hermano, mi hermana y mi madre.

2. Discurso de las parábolas (4.1-34)

Parábola del sembrador

(Mt 13.1-23; Lc 8.4-15)

4 ¹Otra vez comenzó Jesús a enseñar junto al mar. Y se

reunió alrededor de él tanta gente que decidió subir a una barca que estaba en el mar y se sentó. Toda la gente permanecía en la orilla ²y les enseñaba por medio de parábolas muchas cosas. En su enseñanza les decía:

³—Oíd: El sembrador salió a sembrar ⁴y al hacerlo una parte de la semilla cayó junto al camino, y vinieron las aves del cielo y se la comieron. ⁵Otra parte cayó en terreno pedregoso, donde no había mucha tierra. Brotó pronto, porque la tierra no era profunda, ⁶pero cuando salió el sol se agostó y se secó, pues la raíz no tenía hondura. ⁷Otra cayó entre espinos, los espinos crecieron, la ahogaron y no dio fruto. ⁸Pero otra parte de la simiente cayó en buena tierra, brotó, creció y produjo fruto a treinta, a sesenta y a ciento por uno.

⁹Y añadió Jesús:

—El que tenga oídos para oír, oiga.

Propósito de las parábolas

(Mt 13.10-17; Lc 8.9-10)

¹⁰Cuando se quedó a solas, los que estaban cerca de él junto con los doce le preguntaron sobre el significado de la parábola. ¹¹Y les dijo:

—A vosotros os es dado saber el misterio del reino de Dios; pero a quienes están fuera todo se les dice por parábolas ¹²para que viendo, vean y no perciban; y oyendo, oigan y no entiendan; no

sea que se conviertan y les sean perdonados los pecados.

Jesús explica la parábola del sembrador

(Mt 13.18-23; Lc 8.11-15)

¹³Y continuó diciendo:

—¿No entendéis esta parábola? ¿Cómo, pues, entenderéis todas las demás? ¹⁴El sembrador siembra la palabra. ¹⁵Algunos son como la semilla caída junto al camino. En ellos se siembra la palabra, pero inmediatamente después de oírla viene Satanás y se la arrebató. ¹⁶De igual modo, la semilla caída en el terreno pedregoso representa a quienes al oír la palabra la reciben momentáneamente con gozo, ¹⁷pero perdura muy poco tiempo porque no tienen raíz en sí mismos; por eso sucumben cuando por causa de la palabra viene la tribulación o la persecución. ¹⁸La semilla que cayó entre espinos representa a quienes oyen la palabra, ¹⁹pero los afanes de este mundo, el engaño de las riquezas y la codicia de otras cosas, entran en su interior, la ahogan y la hacen infructuosa. ²⁰Y existen otros que son como la simiente que cayó en buena tierra: oyen el mensaje, lo reciben y dan fruto a treinta, a sesenta y a ciento por uno.

Nada oculto que no haya de ser manifestado

(Lc 8.16-18)

²¹También les dijo:

—¿Acaso se enciende una lámpara para ponerla debajo del almud o debajo de la cama? ¿No es para ponerla en el candelero? ²²Porque no hay nada oculto que no haya de ser manifestado ni secreto que no haya de salir a la luz. ²³Si alguno tiene oídos para oír, oiga.

²⁴Les dijo también:

—Prestad atención a lo que oís, porque con la medida con que medís a los demás, seréis medidos, y aun más que eso. ²⁵Pues al que tiene se le dará, pero al que no tiene, aun lo que tiene se le quitará.

Parábola del crecimiento de la semilla

²⁶Decía además:

—El reino de Dios es como cuando un hombre echa la semilla en la tierra. ²⁷Tanto si duerme como si se levanta, sea de noche o de día, la semilla brota y crece sin que él sepa cómo, ²⁸porque la tierra de por sí lleva fruto: primero tallo tierno, luego espiga, después grano que llena la espiga. ²⁹Y en el momento en que el fruto está maduro, se mete la hoz, porque ha llegado el tiempo de la siega.

Parábola de la semilla de mostaza

(Mt 13.31-32; Lc 13.18-19)

³⁰Jesús decía también:

—¿Con qué compararemos el reino de Dios? ¿Qué parábola nos

servirá para representarlo? ³¹Es como el grano de mostaza. Cuando se siembra es la más pequeña de todas las semillas que hay en la tierra, ³²pero después crece más que todas las hortalizas y echa ramas tan grandes que las aves del cielo pueden morar bajo su sombra.

El uso que Jesús hace de las parábolas

(Mt 13.34-35)

³³Con muchas parábolas como estas les comunicaba la palabra, conforme a lo que podían comprender. ³⁴Sin parábolas no les hablaba, aunque a sus discípulos se lo explicaba todo en privado.

3. Enseñanza y controversias (4.35–8.26)

Jesús calma la tempestad

(Mt 8.23-27; Lc 8.22-25)

³⁵Aquel día, cuando llegó la noche, les dijo a sus discípulos:

—Pasemos al otro lado del mar.

³⁶Una vez despedida la multitud, le llevaron en la misma barca donde estaba. Otras barcas iban con él. ³⁷Se levantó una gran tempestad de viento y las olas azotaban la barca inundándola hasta tal punto que se anegaba. ³⁸Él estaba en la popa durmiendo sobre un cabezal. Le despertaron y le dijeron:

—¡Maestro!, ¿no te preocupa si perecemos?

³⁹Él se levantó, reprendió al viento y dijo al mar:

—¡Calla, enmudece!

Cesó el viento y sobrevino la calma. ⁴⁰Y les dijo:

—¿Por qué estáis así, amedrentados? ¿No tenéis fe?

⁴¹Entonces sintieron un gran temor y se decían unos a otros:

—¿Quién es este que aun el viento y el mar le obedecen?

El endemoniado gadareno

(Mt 8.28-34; Lc 8.26-39)

5 Y llegaron al otro lado del mar, a la región de los gadarenos. ²En cuanto Jesús salió de la barca, vino a su encuentro un hombre con un espíritu inmundo. ³Moraba en los sepulcros y nadie podía sujetarlo ni siquiera con cadenas. ⁴Muchas veces lo habían amarrado con grillos y cadenas, pero quebrantaba las cadenas y forzaba los grillos. Nadie podía dominarle. ⁵De día y de noche andaba gritando por los montes y entre los sepulcros, e hiriéndose con piedras. ⁶Cuando vio a Jesús a lo lejos, se acercó corriendo y se postró ante él ⁷y dijo gritando desahoradamente:

—¿Qué tienes contra mí, Jesús, Hijo del Dios Altísimo? ¿Por Dios te ruego que no me atormentes!

⁸Porque Jesús le había dicho: «Sal de este hombre, espíritu inmundo».

⁹Jesús le preguntó:

—¿Cómo te llamas?

Él respondió:

—Legión, porque somos muchos.

¹⁰Y suplicaba a Jesús con insistencia que no los enviara fuera de la región. ¹¹Cerca del monte pacía un gran hato de cerdos, ¹²y los demonios le rogaron:

—Envíanos a los cerdos para que entremos en ellos.

¹³Jesús les dio permiso y los espíritus inmundos, saliendo del hombre, entraron en los cerdos, que eran como dos mil, y se precipitaron al mar por un despeñadero. Todos se ahogaron.

¹⁴Quienes los apacentaban huyeron y difundieron el hecho en la ciudad y en los campos, y muchas personas acudieron a ver qué había sucedido. ¹⁵Cuando llegaron a donde se encontraba Jesús, vieron que quien había estado atormentado por la legión de demonios se hallaba ahora sentado, vestido y en su juicio cabal. Y sintieron miedo. ¹⁶Los testigos les contaron lo que había acontecido con el endemoniado y los cerdos. ¹⁷Entonces comenzaron a rogarle que se fuera de su comarca.

¹⁸Al subir Jesús a la barca, el endemoniado le rogaba que le permitiera quedarse con él. ¹⁹Pero Jesús no se lo permitió, sino que le dijo:

—Vete a tu casa, con los tuyos, y cuéntales cuán grandes cosas ha hecho el Señor contigo y cómo ha tenido misericordia de ti. ²⁰El hombre se marchó y comenzó a

contar en Decápolis cuán grandes cosas Jesús había hecho con él y todos se maravillaban.

La hija de Jairo y la mujer que tocó el manto de Jesús

(Mt 9.18-26; Lc 8.40-56)

²¹ Cuando Jesús regresó en barca a la otra orilla, una gran multitud se congregó en torno a él, que estaba junto al mar.

²² Un alto dirigente de la sinagoga llamado Jairo al ver a Jesús se acercó a él y se postró a sus pies ²³ y le rogaba con insistencia diciendo:

—Mi hija está agonizando. Ven y pon las manos sobre ella para que sea sanada y viva.

²⁴ Jesús fue con él. Gran multitud le seguía, constriñéndole.

²⁵ Entre la gente estaba una mujer que desde hacía doce años padecía hemorragias. ²⁶ Había sufrido mucho en manos de innumerables médicos, se había gastado en ellos todo lo que tenía sin provecho alguno, incluso empeoraba. ²⁷ Como había oído hablar de Jesús, se abrió paso entre la multitud y se acercó a él por detrás para tocar su manto, ²⁸ porque se decía a sí misma: «Si logro tocar tan solo su manto, me sanaré». ²⁹ E inmediatamente la hemorragia cesó y sintió que había sanado del mal que la azotaba.

³⁰ Al instante, Jesús se dio cuenta del poder curativo que había salido de él y volviéndose hacia la multitud preguntó:

—¿Quién ha tocado mis vestidos?

³¹ Sus discípulos le dijeron:

—Ves que la multitud te aprieta y preguntas «¿Quién me ha tocado?».

³² Él seguía mirando alrededor para ver quién lo había hecho.

³³ La mujer se había dado cuenta de lo que le había ocurrido y, temerosa y temblando, fue hacia Jesús, se postró ante él y le confesó toda la verdad.

³⁴ Jesús le dijo:

—Hija, tu fe te ha salvado. Vete en paz y queda sana de la enfermedad que te ha azotado.

³⁵ Mientras Jesús aún estaba hablando, llegaron algunas personas de casa del alto dirigente de la sinagoga y le dijeron:

—Tu hija ha muerto. ¿Para qué seguir molestando aún al Maestro?

³⁶ Pero Jesús, que oyó estas palabras, le dijo al alto dirigente de la sinagoga:

—No temas, cree solamente.

³⁷ Jesús no permitió que le siguiera nadie sino Pedro, Jacobo y su hermano Juan. ³⁸ Llegó a casa de Jairo y vio el alboroto: gente que lloraba y se lamentaba. ³⁹ Entró y les dijo:

—¿Por qué tanto alboroto y tanto llanto? La niña no está muerta, sino dormida.

⁴⁰ Y se burlaban de él. Pero Jesús, después de echar a todos fuera, tomó al padre, a la madre y a quienes fueron con él y entró

donde estaba la niña. ⁴¹Le tomó la mano y le dijo:

—*¡Talita, cumi!* (que significa: «Niña, a ti te digo, levántate»).

⁴²La niña, que tenía doce años, se levantó inmediatamente y echó a andar. Todos los presentes se asombraron. ⁴³Jesús les ordenó con firmeza que no lo hicieran saber a nadie, y mandó que dieran de comer a la niña.

Jesús en Nazaret

(Mt 13.53-58; Lc 4.16-30)

6 ¹Jesús salió de allí y vino a su tierra acompañado por sus discípulos. ²Cuando llegó el sábado, comenzó a enseñar en la sinagoga y muchos, oyéndole, se admiraban y preguntaban:

—¿De dónde saca este tales cosas? ¿Y qué sabiduría es esta que se le ha concedido, y estos milagros que sus manos han realizado? ³¿No es este el carpintero, hijo de María, hermano de Jacobo, de José, de Judas y de Simón? ¿No están también aquí con nosotros sus hermanas?

Y se escandalizaban por él.

⁴Pero Jesús les dijo:

—No hay profeta sin honra sino en su propia tierra, entre sus parientes y en su misma casa.

⁵No pudo hacer allí ningún milagro, excepto sanar a unos pocos enfermos poniendo las manos sobre ellos. ⁶La incredulidad de aquella gente le causaba asombro.

Misión de los doce discípulos

(Mt 10.5-15; Lc 9.1-6)

Recorría las aldeas de las inmediaciones enseñando. ⁷Entonces convocó a los doce y comenzó a enviarlos de dos en dos, dándoles autoridad sobre los espíritus inmundos. ⁸Les ordenó que no llevaran nada para el camino, excepto el bastón: ni alforja ni pan ni dinero en el bolsillo; ⁹que calzaran sandalias y no vistiesen dos túnicas. ¹⁰Y añadió:

—Donde quiera que sea, cuando entréis en una casa, permaneced en ella hasta que abandonéis ese lugar. ¹¹Y si en algún lugar no os reciben ni os escuchan, salid de allí y sacudid el polvo que está debajo de vuestros pies, para que les sirva de testimonio. Sin duda os digo que en el día del juicio será más tolerable el castigo para los de Sodoma y Gomorra que para los de aquella ciudad.

¹²Los discípulos, habiendo salido, proclamaban que se arrepiñaban. ¹³También echaban fuera muchos demonios, ungiendo con aceite a muchos enfermos y los sanaban.

Muerte de Juan el Bautista

(Mt 14.1-12; Lc 9.7-9)

¹⁴La fama de Jesús llegó a oídos del rey Herodes, pues su nombre se había divulgado profusamente. Unos decían:

—Juan el Bautista ha resucitado de entre los muertos, y por eso actúan en él estos poderes.

¹⁵Otros: «Es Elías». Y otros: «Es un profeta o alguno de los profetas».

¹⁶Al oírlo Herodes, dijo:

—Este es Juan, a quien yo decapité, que ha resucitado de entre los muertos.

¹⁷Porque el mismo Herodes había ordenado apresar a Juan y le tuvo encadenado en la cárcel por causa de Herodías, mujer de su hermano Felipe y con quien Herodes se había casado. ¹⁸Porque Juan decía a Herodes:

—No te está permitido tener la mujer de tu hermano.

¹⁹Herodías abrigaba rencor contra él y deseaba matarlo; pero no podía, ²⁰porque Herodes temía a Juan: sabía que era un hombre justo y santo, y le protegía. Se quedaba muy perplejo cuando le escuchaba, pero lo hacía con agrado. ²¹Para Herodías llegó la oportunidad cuando Herodes, en la fiesta de su cumpleaños, ofrecía un banquete a sus príncipes, tribunos y altos dignatarios de Galilea. ²²Entró la hija de Herodías para bailar, y agradó a Herodes y a los que estaban con él a la mesa de tal manera que el rey dijo a la muchacha:

—Pídeme lo que quieras y te lo daré.

²³Y le juró:

—Te daré todo lo que me pidas, hasta la mitad de mi reino.

²⁴La muchacha salió y preguntó a su madre:

—¿Qué pediré?

La madre respondió:

—La cabeza de Juan el Bautista.

²⁵Herodías entró apresuradamente y le dijo al rey:

—Quiero que ahora mismo me des en una bandeja la cabeza de Juan el Bautista.

²⁶El rey se entristeció mucho, pero como se había comprometido por el juramento hecho en presencia de los invitados, no quiso desairarla. ²⁷E inmediatamente ordenó a un miembro de su guardia que le trajeran la cabeza de Juan. ²⁸El guardia fue a la cárcel, lo decapitó, trajo su cabeza en una bandeja y se la dio a la muchacha, y la joven se la entregó a su madre.

²⁹Cuando sus discípulos se enteraron, vinieron, tomaron su cuerpo y le dieron sepultura.

Alimentación de los cinco mil

(Mt 14.13-21; Lc 9.10-17; Jn 6.1-14)

³⁰Entonces los apóstoles se unieron con Jesús y le contaron todo cuanto habían hecho y enseñado.

³¹Él les dijo:

—Venid, retirémonos a un lugar solitario y descansad un poco. Eran tantos los que iban y venían que no tenían tiempo ni para comer. ³²Y se fueron solamente ellos en una barca a un lugar apartado. ³³Pero los vieron marchar y los reconocieron. Entonces gentes de todas las ciudades fueron corriendo allí, adelantándose a su llegada, y se juntaron a él. ³⁴Al

desembarcar Jesús y ver la gran multitud, se conmovió profundamente porque parecían ovejas sin pastor, y comenzó a enseñarles muchas cosas. ³⁵El tiempo transcurría y se hizo tarde. Entonces sus discípulos se acercaron a él y le dijeron:

—El lugar está desierto y la hora muy avanzada. ³⁶Despídelos para que vayan a los lugares y aldeas de alrededor y se compren pan para comer.

³⁷Jesús respondió:

—Dadles vosotros de comer.

Ellos replicaron:

—¿Cómo quieres que compremos la cantidad de pan que es necesaria para darles de comer si el importe supondría doscientos denarios?

³⁸Él les preguntó:

—¿Cuántos panes tenéis? Id a ver. Cuando lo averiguaron le dijeron:

—Cinco, y dos peces.

³⁹Entonces les mandó que hicieran recostar a los congregados en grupos sobre la hierba verde. ⁴⁰Se agruparon de ciento en ciento y de cincuenta en cincuenta. ⁴¹A continuación, Jesús tomó los cinco panes y los dos peces y, levantando los ojos al cielo, bendijo y partió los panes y se los dio a sus discípulos para que los distribuyeran entre la multitud. También repartió los dos peces.

⁴²Comieron todos y se saciaron. ⁴³Con los pedazos sobrantes que recogieron llenaron doce cestas,

⁴⁴y los que comieron eran cinco mil hombres.

Jesús anda sobre el mar

(Mt 14.22-27; Jn 6.15-21)

⁴⁵Inmediatamente ordenó a sus discípulos que entrasen en la barca y que, precediéndole, se dirigiesen a Betsaida, en la otra orilla, en tanto que él despedía a la multitud. ⁴⁶Cuando los hubo despedido se fue al monte a orar. ⁴⁷Al llegar la noche, la barca estaba en medio del mar y Jesús, solo, en tierra, ⁴⁸pero cerca del amanecer, al verles remar con gran esfuerzo porque el viento les era contrario, fue hacia ellos andando sobre el mar y como queriendo pasar de largo. ⁴⁹Ellos, al verle caminar sobre las aguas, pensaron que era un fantasma y se pusieron a gritar ⁵⁰porque todos le vieron y se asustaron. Pero Jesús en seguida les habló diciendo:

—¡Tened valor! Soy yo, no temáis.

⁵¹A continuación subió a la barca. El viento se calmó. Los discípulos se sentían asombrados y se maravillaban: ⁵²no habían entendido aún el milagro de los panes, porque sus corazones estaban endurecidos.

Jesús sana a los enfermos en Genesaret

(Mt 14.34-36)

⁵³Terminada la travesía, llegaron a Genesaret y arribaron a la orilla. ⁵⁴Apenas desembarcaron,

la gente del lugar reconoció a Jesús. ⁵⁵Según recorrían la región, le llevaban, a donde oían que él estaba, enfermos en camilla, de aquí y de allá. ⁵⁶Dondequiera que llegaba, ya fueran aldeas, ciudades o campos, ponían en las calles a los enfermos y le rogaban que les dejara tocar siquiera el borde de su manto. Todos cuantos lo tocaban quedaban curados.

Lo que contamina a las personas
(Mt 15.1-20)

7 ¹Se acercaron a Jesús los fariseos y algunos de los escribas que habían venido de Jerusalén ²y viendo que algunos de los discípulos comían pan con manos impuras, esto es, sin lavar, los condenaban, ³porque los fariseos y todos los judíos mantienen la tradición de los ancianos y no comen si no se lavan muchas veces las manos. ⁴Así, cuando regresan de la plaza, si no se lavan, no comen. Y se empeñan en conservar otras muchas tradiciones, tales como lavar los vasos de beber, los jarros, los utensilios de metal y las camas. ⁵Siendo así, los fariseos y los escribas preguntaron a Jesús: —¿Por qué tus discípulos no andan conforme a la tradición de los ancianos, sino que comen pan con manos impuras?

⁶Él les respondió:

—¡Hipócritas! Bien profetizó de vosotros Isaías, como está escrito:

*Este pueblo de labios me honra,
mas su corazón está lejos de mí.*

⁷*Y en vano me honran enseñando como doctrinas mandamientos humanos.*

⁸Porque dejando el mandamiento de Dios, os aferráis a la tradición humana: los lavamientos de los jarros y de los vasos de beber. Y hacéis otras muchas cosas semejantes.

⁹Les decía también:

—¡Qué bien invalidáis el mandamiento de Dios para guardar vuestra tradición! ¹⁰Moisés dice: *Honra a tu padre y a tu madre y El que maldiga al padre o a la madre, morirá irremisiblemente*, ¹¹pero vosotros afirmáis que le es suficiente a la persona decir a su padre y a su madre que toda la ayuda que pudiera prestarles es Corbán, o sea, ofrenda a Dios. ¹²Así que no le dejáis hacer más por su padre o por su madre, ¹³invalidando la palabra de Dios con esa tradición vuestra que transmitís. Y hacéis muchas cosas semejantes a estas.

¹⁴Y llamando a la multitud les dijo:

—Oídmme todos y entended: ¹⁵Nada hay fuera de la persona que al entrar en ella la pueda contaminar; más bien lo que sale del interior de la persona es lo que contamina a la persona. ¹⁶Si alguno tiene oídos para oír, que oiga.

¹⁷Cuando se alejó de la multitud y entró en casa, le preguntaron sus discípulos sobre la parábola. ¹⁸Él les dijo:

—¿También vosotros carecéis de entendimiento? ¿No comprendéis que nada de fuera que entra en la persona la puede contaminar, ¹⁹porque no entra en el corazón sino en el vientre y termina en la letrina?

Diciendo esto, Jesús declaraba limpios todos los alimentos. ²⁰Enseñaba, pues, que aquello que sale de la persona contamina a la persona, ²¹porque de dentro, del corazón humano, salen los malos pensamientos, los adulterios, las fornicaciones, los homicidios, ²²los hurtos, las avaricias, las maldades, el engaño, la lujuria, la envidia, la calumnia, el orgullo y la insensatez. ²³Todas estas maldades salen de dentro y contaminan al ser.

La fe de la mujer sirofenicia

(Mt 15.21-28)

²⁴Partiendo de allí se fue a la región de Tiro y de Sidón. Entró en una casa. Deseaba que nadie advirtiera su presencia, mas no pudo pasar desapercibido: ²⁵una mujer, cuya hija tenía un espíritu inmundo, inmediatamente después de haber oído hablar de él, vino y se postró a sus pies. ²⁶La mujer era griega, sirofenicia de origen, y le rogó que echara fuera de su hija al demonio. ²⁷Jesús le dijo:

—Deja primero que se sacien los hijos, porque no está bien tomar el pan de los hijos y echarlo a los perrillos.

²⁸Ella respondió:

—Sí, Señor, pero los perrillos también comen debajo de la mesa las migajas de los hijos.

²⁹Entonces Jesús replicó:

—En virtud de lo que manifiestan tus palabras, el demonio ha salido de tu hija. Vete. ³⁰La mujer se marchó a su casa y halló a la hija acostada en la cama. El demonio había salido de ella.

Jesús sana a un sordomudo

³¹Volvió a salir de la región de Tiro y de Sidón y vino hacia el mar de Galilea, pasando por la región de Decápolis. ³²Estando allí, le trajeron a un hombre sordo y mudo y le rogaron que le impusiera la mano. ³³Jesús, tomándole aparte de la gente y en privado, le metió los dedos en los oídos, escupió y con la saliva tocó su lengua. ³⁴Luego, levantando los ojos al cielo gimió y le dijo:

—¡Éfata! (que significa «sé abierto»).

³⁵Al momento sus oídos se abrieron, se desató la ligadura de su lengua y hablaba sin dificultad. ³⁶Jesús ordenó a los presentes que no lo dijeran a nadie, pero cuanto más se lo pedía tanto más lo divulgaban. ³⁷Y en gran manera se admiraban y decían:

—Bien lo ha hecho todo. Hace a los sordos oír y a los mudos hablar.

Alimentación de los cuatro mil

(Mt 15.32-39)

8¹En aquellos días, como se reunió otra vez una gran multitud y no tenían qué comer, Jesús llamó a sus discípulos y les dijo:

²—Siento profunda compasión de esta gente, porque hace tres días que están conmigo y no tienen qué comer; ³y si los envío en ayunas a sus casas, desfallecerán por el camino, pues algunos de ellos han venido de lejos.

⁴Sus discípulos respondieron:

—¿De dónde podrá alguien sacar pan para saciarlos estando en este lugar apartado?

⁵Jesús les preguntó:

—¿Cuántos panes tenéis?

—Siete.

⁶Entonces mandó a la multitud que se recostara sobre la tierra, tomó los siete panes y, tras haber dado gracias, los partió y dio a sus discípulos para que se los ofrecieran y los discípulos los distribuyeron. ⁷Tenían también unos pocos peces. Jesús los bendijo y también ordenó distribuirlos. ⁸Comieron y se saciaron. Luego recogieron los pedazos que habían sobrado y llenaron siete canastas. ⁹Los que comieron eran como cuatro mil, y Jesús los despidió. ¹⁰Luego entró en la barca con sus discípulos y vino a la región de Dalmanuta.

La demanda de una señal

(Mt 16.1-4; Lc 12.54-56)

¹¹Vinieron entonces los fariseos y comenzaron a discutir con él pidiéndole señal del cielo para tentarle. ¹²Él, suspirando profundamente, dijo:

—¿Por qué pide señal esta generación? Os aseguro que no se dará señal a esta generación. ¹³Y dejándolos, volvió a entrar en la barca y se fue a la otra ribera.

La levadura de los fariseos

(Mt 16.5-12)

¹⁴Se habían olvidado de llevar pan. No tenían sino un pan consigo en la barca. ¹⁵Él les hizo esta advertencia:

—Mirad, guardaos de la levadura de los fariseos y de la levadura de Herodes.

¹⁶Los discípulos discutían entre sí diciendo:

—Es porque no trajimos pan.

¹⁷Jesús se dio cuenta y les dijo:

—¿Qué discutís? ¿Porque no tenéis pan? ¿No entendéis ni comprendéis? ¿Aún tenéis endurecido vuestro corazón? ¹⁸¿Teniendo ojos no veis y teniendo oídos no oís? ¿No recordáis? ¹⁹Cuando partí los cinco panes entre cinco mil, ¿cuántas cestas llenasteis con los pedazos recogidos?

Respondieron:

—Doce.

²⁰—Y cuando repartí los siete panes entre cuatro mil, ¿cuántas canastas llenasteis con los pedazos recogidos?

Respondieron:

—Siete.

²¹Y les dijo:

—¿Cómo aún no entendéis?

Un ciego sanado en Betsaida

²²Vino Jesús a Betsaida. Aquí le presentaron a un ciego y le rogaron que le tocara. ²³Él le tomó la mano, le sacó fuera de la aldea y escupiendo en sus ojos e imponiéndole las manos le preguntó:

—¿Ves algo? ²⁴El ciego miró y dijo:

—Veo a los hombres como árboles que andan. ²⁵Le puso otra vez las manos sobre los ojos y quedó curado: vio de lejos y claramente a todos. ²⁶Jesús le envió a su casa diciéndole:

—No entres en la aldea ni se lo digas a nadie.

CENTRO DEL EVANGELIO: CONFESIÓN DE PEDRO (8.27-30)

La confesión de Pedro

(Mt 16.13-20; Lc 9.18-21)

²⁷Salieron Jesús y sus discípulos por las aldeas de Cesarea de Filipo y en el camino les preguntó:

—¿Quién dicen la gente que soy yo?

²⁸Ellos respondieron:

—Unos, Juan el Bautista; otros, Elías; y otros, alguno de los profetas. ²⁹Jesús les preguntó de nuevo:

—Y vosotros, ¿quién decís que soy?

Respondió Pedro:

—Tú eres el Cristo.

³⁰Pero Jesús les mandó que no hablaran de él a nadie.

II. SEGUNDA SECCIÓN: CULMINACIÓN EN JERUSALÉN (8.31-16.8)

1. De camino a Jerusalén (8.31-10.52)

Jesús anuncia su muerte

(Mt 16.21-28; Lc 9.22-27)

³¹Comenzó a enseñarles que al Hijo del Hombre le era necesario padecer mucho, ser desechado por los ancianos, por los principales sacerdotes y por los escribas, y morir y resucitar después de tres días. ³²Les decía estas cosas con toda claridad. Entonces Pedro le tomó aparte y comenzó a reconvenirle. ³³Pero él, volviéndose y mirando a los discípulos, reprendió a Pedro con estas palabras:

—¡Apártate de mí, Satanás!, porque tú no piensas en las cosas de Dios, sino en cuestiones humanas.

³⁴Y llamando a la multitud y a sus discípulos les dijo:

—Si alguien quiere seguirme, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame. ³⁵Toda persona que quiera salvar su vida, la perderá; y toda persona que pierda su vida por mi causa y por el evangelio la salvará. ³⁶Porque ¿de qué le sirve a uno ganar todo el mundo si pierde su alma? ³⁷¿O

qué puede dar uno a cambio de su alma?

³⁸Porque quien se avergüence de mí y de mis palabras en esta generación adúltera y pecadora, de esa persona también se avergonzará el Hijo del Hombre cuando venga en la gloria de su Padre con los santos ángeles.

9 ¹También les dijo: —Os aseguro que algunos de los que están aquí no morirán sin haber visto que el reino de Dios ha venido con poder.

La transfiguración

(Mt 17.1-13; Lc 9.28-36)

²Seis días después, Jesús tomó a Pedro, a Jacobo y a Juan, se retiró con ellos solos a un monte alto y ante su presencia se transfiguró. ³Sus vestidos se volvieron resplandecientes, muy blancos, como la nieve, tanto que ningún lavador de la tierra podría blanquearlos así. ⁴Y se les aparecieron Elías y Moisés hablando con Jesús. ⁵Entonces Pedro dijo a Jesús:

—Maestro, qué bien quedarnos aquí. Hagamos tres cabañas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías.

⁶Pedro no sabía lo que decía pues estaban muy asustados. ⁷Entonces una nube los envolvió en sombra y desde la nube una voz decía:

—Este es mi Hijo amado. Escuchadle a él. ⁸Y de pronto miraron alrededor y no vieron a nadie más consigo, sino a Jesús solo.

⁹Mientras descendían del monte, les ordenó que a nadie contaran lo que habían visto hasta que el Hijo del Hombre hubiera resucitado de entre los muertos. ¹⁰Ellos guardaron la orden para sí mismos, pero discutían sobre lo que sería eso de resucitar de los muertos. ¹¹Y le preguntaron:

—¿Por qué dicen los escribas que es necesario que Elías venga primero?

¹²Él respondió:

—Elías, ciertamente, vendrá primero y restaurará todas las cosas. Pero dice la Escritura que el Hijo del Hombre debe padecer mucho y ser despreciado. ¹³Y yo os digo que Elías ya vino e hicieron con él todo lo que quisieron, tal y como está escrito acerca de él.

Jesús sana a un muchacho endemoniado

(Mt 17.14-21; Lc 9.37-43)

¹⁴Cuando llegó a donde estaban los discípulos, vio que los rodeaba una gran multitud y que los escribas discutían con ellos. ¹⁵En seguida toda la gente se asombró al verle y corrieron hacia él para saludarle. ¹⁶Él preguntó a los discípulos:

—¿Qué discutís con ellos?

¹⁷Uno de la multitud respondió: —Maestro, te he traído a mi hijo. Tiene un espíritu mudo. ¹⁸Cuando se apodera de él le derriba, echa espumarajos, rechina los dientes y se queda rígido. Pedí

a tus discípulos que lo expulsaran, pero no han podido.

¹⁹Él les respondió:

—¡Generación incrédula! ¿Hasta cuándo he de estar con vosotros? ¿Hasta cuándo os he de soportar? Traedme al muchacho.

²⁰Se lo trajeron y cuando el espíritu vio a Jesús sacudió con violencia al muchacho, quien habiendo caído al suelo se revolcaba echando espumarajos. ²¹Jesús preguntó al padre:

—¿Cuánto tiempo hace que le sucede esto?

—Desde niño. ²²Muchas veces el espíritu le arroja al fuego o al agua para matarle. Si puedes hacer algo, ten misericordia de nosotros y ayúdanos.

²³Jesús le dijo:

—Si puedes creer, al que cree todo le es posible.

²⁴E inmediatamente el padre del muchacho dijo clamando:

—Creo, ayuda mi incredulidad.

²⁵Al ver Jesús que la multitud se agolpaba, reprendió al espíritu inmundo diciéndole:

—Espíritu mudo y sordo, yo te ordeno: Sal de él y no entres más en él.

²⁶Entonces el espíritu dando un grito le sacudió con violencia y salió. El muchacho quedó como muerto, hasta el punto de que muchos decían que estaba muerto.

²⁷Pero Jesús, tomándole de la mano, le ayudó a levantarse y quedó en pie. ²⁸Cuando entró

en casa, sus discípulos le preguntaron aparte:

—¿Por qué nosotros no hemos podido echarlo fuera?

²⁹Jesús respondió:

—Este género de demonios con nada puede salir si no es con oración y ayuno.

Jesús anuncia otra vez su muerte

(Mt 17.22-23; Lc 9.43-45)

³⁰Salieron de allí y pasaron por Galilea. Jesús no quería que nadie lo supiera ³¹porque estaba enseñando a sus discípulos. Les decía:

—El Hijo del Hombre será entregado en manos de hombres y le matarán, mas después de muerto resucitará al tercer día.

³²Ellos no entendían el significado de estas palabras, pero tenían miedo de preguntarle.

¿Quién es el mayor?

(Mt 18.1-5; Lc 9.46-48)

³³Llegaron a Capernaún y una vez en casa les preguntó:

—¿Qué discutáis entre vosotros por el camino?

³⁴Ellos callaban porque por el camino habían discutido entre sí sobre quién había de ser el mayor. ³⁵Entonces Jesús se sentó, llamó a los doce y les dijo:

—Quien quiera ser el primero sea el último de todos y el servidor de todos. ³⁶Entonces tomó a un niño, le puso en medio de ellos y tomándole en sus brazos les dijo:

³⁷—Quien reciba en mi nombre a un niño como este, a mí me recibe; y quien a mí me recibe no me recibe a mí, sino al que me envió.

*El que no está contra nosotros,
por nosotros está*

(Lc 9.49-50)

³⁸Juan le respondió:

—Maestro, hemos visto a uno que en tu nombre echaba fuera demonios, pero se lo hemos prohibido porque no nos sigue.

³⁹Pero Jesús dijo:

—No se lo prohibáis, porque ninguno que haga milagro en mi nombre podrá luego hablar mal de mí, ⁴⁰pues el que no está contra nosotros, por nosotros está. ⁴¹Y os aseguro que cualquiera que os dé un vaso de agua en mi nombre, puesto que sois del Cristo, no perderá su recompensa.

Ocasiones de caer

(Mt 18.6-9; Lc 17.1-2)

⁴²A cualquiera que haga tropezar a uno de estos pequeños que creen en mí, mejor le sería que se le atase una piedra de molino al cuello y se le arrojara al mar. ⁴³Si tu mano te es ocasión de caer, córtatela, porque te es mejor entrar en la vida manco que ir con dos manos a la gehena, al fuego inextinguible, ⁴⁴donde el gusano de los que allí caen no muere y el fuego nunca se apaga. ⁴⁵Y si tu pie te es ocasión de caer, córtatelo, porque te es mejor entrar en

la vida cojo que ser arrojado con los dos pies al infierno, al fuego inextinguible, ⁴⁶donde el gusano de los que allí caen no muere y el fuego nunca se apaga. ⁴⁷Y si tu ojo te es ocasión de caer, sácatelo, porque mejor te es entrar con un ojo en el reino de Dios que ser arrojado con los dos a la gehena, ⁴⁸donde el gusano de los que allí caen no muere y el fuego nunca se apaga. ⁴⁹Porque todos serán salados con fuego y todo sacrificio será salado con sal. ⁵⁰Buena es la sal, pero si la sal se hace insípida ¿con qué la sazonaréis? Tened sal en vosotros mismos y tened paz los unos con los otros.

Jesús enseña sobre el divorcio

(Mt 19.1-12; Lc 16.18)

10 ¹Jesús se levantó de allí y vino a la región de Judea, al otro lado del Jordán. El pueblo volvió de nuevo a congregarse en torno a él, y de nuevo él les enseñaba como solía. ²Se acercaron los fariseos y le preguntaron, con intención de tentarle, si estaba permitido al marido repudiar a su mujer. ³Él les respondió:

—¿Qué os mandó Moisés?

⁴Ellos dijeron:

—Moisés permitió dar carta de divorcio y repudiarla.

⁵Les respondió Jesús:

—Por la dureza de vuestro corazón os escribió este mandamiento; ⁶pero al principio de la creación Dios los hizo hombre y mujer. ⁷Por esto dejará el

hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, ⁸y los que eran dos serán una sola carne; así que ya no son dos, sino uno. ⁹Por tanto, lo que Dios unió, que no lo separe nadie.

¹⁰En casa los discípulos volvieron a preguntarle sobre lo mismo ¹¹y les dijo:

—Cualquiera que repudia a su mujer y se casa con otra comete adulterio contra aquella; ¹²y si la mujer repudia a su marido y se casa con otro también comete adulterio.

Jesús bendice a los niños

(Mt 19.13-15; Lc 18.15-17)

¹³Y le presentaban niños para que los tocara, pero los discípulos reprendían a quienes los presentaban. ¹⁴Viéndolo Jesús, se indignó y les dijo:

—Dejad a los niños venir a mí. No se lo impidáis, porque el reino de Dios es de los que son como ellos. ¹⁵Con certeza os digo que quien no reciba el reino de Dios como un niño no entrará en él.

¹⁶Y Jesús, tomándolos en los brazos, los bendecía poniendo las manos sobre ellos.

El joven rico

(Mt 19.16-30; Lc 18.18-30)

¹⁷Saliendo Jesús para seguir su camino, se le acercó uno corriendo, se arrodilló delante de él y le preguntó:

—Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eterna?

¹⁸Jesús le dijo:

—¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno, sino uno, Dios. ¹⁹Los mandamientos sabes: *No adulteres, no mates, no hurtes, no digas falso testimonio, no defraudes, honra a tu padre y a tu madre.*

²⁰El joven respondió:

—Maestro, todo esto lo he guardado desde mi juventud.

²¹Entonces Jesús, mirándolo con amor, le dijo:

—Una cosa te falta: anda, vende todo lo que tienes, dalo a los pobres y tendrás tesoro en el cielo. Luego ven y sígueme tomando tu cruz.

²²Pero él, afligido por esta palabra, se fue entristecido, porque tenía muchas posesiones.

²³Entonces Jesús, mirando alrededor, dijo a sus discípulos:

—¿Qué difícil les resultará entrar en el reino de Dios a los que tienen riquezas!

²⁴Los discípulos se asombraron de sus palabras, pero Jesús volvió a decirles:

—Hijos, ¡qué difícil les resulta entrar en el reino de Dios a quienes confían en las riquezas! ²⁵Más fácil es para un camello pasar por el ojo de una aguja que entrar un rico en el reino de Dios.

²⁶Los discípulos se asombraban aún más y se decían a sí mismos: —¿Y quién podrá salvarse?

²⁷Jesús, mirándolos fijamente, dijo:

—Para los hombres es imposible, pero no para Dios, porque todas las cosas son posibles para Dios.

²⁸Entonces Pedro le dijo:

—Nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido.

²⁹Respondió Jesús:

—Con certeza os digo que no hay nadie que haya dejado casa o hermanos o hermanas o padre o madre o mujer o hijos o tierras por causa de mí y del evangelio ³⁰que no reciba ahora en este tiempo cien veces más en casas, hermanos, hermanas, madres, hijos y tierras, aunque todo ello con persecuciones, y en el tiempo venidero la vida eterna. ³¹Muchos que ahora son los primeros serán los últimos, y los últimos serán los primeros.

Nuevamente Jesús anuncia su muerte

(Mt 20.17-19; Lc 18.31-34)

³²Jesús y sus discípulos subían por el camino hacia Jerusalén. Jesús iba delante de los doce, que estaban asombrados. Los demás que les seguían iban con miedo. Entonces volvió a tomar aparte a los doce y comenzó a decirles las cosas que le habían de acontecer:

³³—Mirad, ahora subimos a Jerusalén. Allí el Hijo del Hombre será entregado a los principales sacerdotes y a los escribas, le condenarán a muerte y le entregarán a los gentiles, ³⁴le

escarnecerán, le azotarán, le escupirán y le matarán; mas al tercer día resucitará.

Petición de Santiago y de Juan

(Mt 20.20-28)

³⁵Entonces Jacobo y Juan, hijos de Zebedeo, se le acercaron y le dijeron:

—Maestro, queremos que nos concedas lo que vamos a pedirte.

³⁶Él les preguntó:

—¿Qué queréis que haga por vosotros?

³⁷Ellos dijeron:

—Concédenos que en tu gloria nos sentemos el uno a tu derecha y el otro a tu izquierda.

³⁸Entonces Jesús les respondió:

—No sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber el vaso que yo bebo o ser bautizados con el bautismo con que yo soy bautizado?

³⁹Ellos respondieron:

—Podemos.

Jesús les dijo:

—El vaso que yo bebo beberéis y con el bautismo con que yo soy bautizado seréis bautizados, ⁴⁰mas el sentaros a mi derecha y a mi izquierda no me corresponde dároslo, sino a aquellos para quienes está preparado.

⁴¹Cuando los otros diez oyeron esto, comenzaron a enojarse contra Jacobo y contra Juan. ⁴²Entonces Jesús los llamó y les dijo:

—Sabéis que quienes se tienen por gobernantes de las naciones se enseñorean de ellas, y los poderosos ejercen sobre ellas su

potestad. ⁴³Pero no será así entre vosotros. Al contrario, el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor; ⁴⁴y el que de vosotros quiera ser el primero será siervo de todos, ⁴⁵porque el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir y para dar su vida en rescate por muchos.

El ciego Bartimeo recibe la vista

(Mt 20.29-34; Lc 18.35-43)

⁴⁶Llegaron a Jericó, y al salir de la ciudad iba acompañado de sus discípulos y una gran multitud. Sentado junto al camino estaba Bartimeo, un mendigo ciego, hijo de Timeo. ⁴⁷Al oír Bartimeo que era Jesús el nazareno, comenzó a gritar:

—¡Jesús, Hijo de David, ten misericordia de mí!

⁴⁸Y muchos le reprendían para que callara, pero él clamaba mucho más:

—¡Hijo de David, ten misericordia de mí!

⁴⁹Entonces Jesús se detuvo y mandó llamarle. Y llamaron al ciego diciéndole:

—Ten confianza. Levántate, te llama.

⁵⁰Bartimeo, arrojando su capa, se levantó y vino a Jesús. ⁵¹Jesús le preguntó:

—¿Qué quieres que haga por ti? El ciego respondió:

—Maestro, que recobre la vista.

⁵²Jesús le dijo:

—Vete. Tu fe te ha salvado.

Al instante recobró la vista y seguía a Jesús por el camino.

2. Entrada triunfal en la ciudad y controversias (11-12)

La entrada triunfal en Jerusalén

(Mt 21.1-11; Lc 19.28-40; Jn 12.12-19)

11 ¹Cuando se aproximaban a Jerusalén, cerca ya de Betfagé y de Betania, junto al monte de los Olivos, Jesús envió a dos de sus discípulos ²diciéndoles:

—Id a la aldea que está enfrente de vosotros. En ella hallaréis un pollino atado, sobre el cual nadie ha montado. Desatadlo y traedlo. ³Si alguien os pregunta «¿Por qué hacéis eso?», decid que el Señor lo necesita y que luego lo devolverá.

⁴Los discípulos fueron y hallaron el pollino en la calle, atado a una puerta, y lo desataron. ⁵Algunos de los que estaban allí les preguntaron:

—¿Qué hacéis desatando el pollino?

⁶Ellos respondieron como Jesús había dicho, y les dejaron ir. ⁷Los discípulos trajeron el pollino, echaron encima sus mantos y Jesús se montó en él. ⁸Muchos alfombraban con sus mantos el camino; otros lo hacían con ramas que habían cortado en el campo. ⁹Y los que iban delante y los que venían detrás le aclamaban diciendo:

—¡Hosana! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!

¹⁰¡Bendito el reino que viene, el reino de nuestro padre David! ¡Hosana en las alturas!

¹¹Entró Jesús en Jerusalén y fue al templo. Tras mirar todo a su alrededor, siendo ya tarde, se marchó a Betania con los doce.

Jesús maldice la higuera estéril
(Mt 21.18-19)

¹²Al día siguiente, cuando salieron de Betania, tuvo hambre. ¹³Y viendo a lo lejos una higuera frondosa, se acercó a ver si tal vez hallaba en ella algo; pero nada halló sino hojas, pues no era tiempo de higos. ¹⁴Entonces Jesús dijo a la higuera estas palabras, en un tono que los discípulos oyeron:

—Nunca jamás coma nadie fruto de ti.

Purificación del templo
(Mt 21.12-17; Lc 19.45-48; Jn 2.13-22)

¹⁵Llegaron, pues, a Jerusalén y entrando en el templo Jesús comenzó a echar fuera de él a quienes allí vendían y compraban. Volcó las mesas de los cambistas y las sillas de los que vendían palomas; ¹⁶y no consentía que nadie anduviera por el templo llevando objetos de un lado a otro. ¹⁷Y les enseñaba diciendo:

—¿No está escrito: «Mi casa será llamada casa de oración para todas las naciones»? Sin embargo, vosotros la habéis convertido en una cueva de ladrones.

¹⁸Lo oyeron los escribas y los principales sacerdotes y buscaban

cómo matarlo. Pero le tenían miedo porque todo el pueblo se maravillaba con su enseñanza. ¹⁹Al llegar la noche, Jesús salió de la ciudad.

La higuera maldecida se seca
(Mt 21.19-22)

²⁰Por la mañana, al pasar junto a la higuera, vieron que se había secado desde las raíces. ²¹Entonces Pedro, acordándose de lo sucedido, le dijo:

—Maestro, mira, la higuera que maldijiste se ha secado.

²²Respondió Jesús:

—Tened fe en Dios. ²³Os aseguro que cualquiera que diga a este monte «Quítate y échate en el mar» sin dudas en su corazón, sino creyendo que se hará lo que dice, lo que diga se hará. ²⁴Por tanto, os digo: todas las cosas que pedís en oración creed que ya lo habéis recibido, y lo obtendréis. ²⁵Y cuando estéis en oración, perdonad, si tenéis algo contra alguno, para que también vuestro Padre que está en los cielos os perdone a vosotros vuestras ofensas. ²⁶Porque si vosotros no perdonáis, tampoco vuestro Padre que está en los cielos os perdonará vuestros agravios.

La autoridad de Jesús
(Mt 21.23-27; Lc 20.1-8)

²⁷Volviéron a Jerusalén; y andando Jesús por el templo, se le acercaron los principales

sacerdotes, los escribas y los ancianos ²⁸y le preguntaron:

—¿Con qué autoridad haces estas cosas? ¿Quién te dio autoridad para hacerlas?

²⁹Jesús les respondió:

—Os haré yo también una pregunta. Respondedme, y os diré con qué autoridad hago estas cosas. ³⁰El bautismo de Juan, ¿era del cielo o de los hombres? Respondedme.

³¹Ellos discutían entre sí y decían: «Si respondemos “del cielo”, dirá: “¿Por qué, pues, no le creísteis?”. ³²Pero ¿vamos a decir “de los hombres”?». Los sacerdotes y escribas temían al pueblo, porque todos tenían a Juan como un verdadero profeta. ³³Así que respondieron a Jesús:

—No lo sabemos.

Entonces Jesús les dijo:

—Tampoco yo os digo con qué autoridad hago estas cosas.

Los labradores malvados

(Mt 21.33-46; Lc 20.9-19)

12 ¹Y comenzó Jesús a hablarles por parábolas:

—Un hombre plantó una viña, la cercó, cavó un lagar, edificó una torre, la arrendó a unos labradores y se fue lejos. ²A su tiempo envió un siervo a los labradores para que le entregasen el fruto de la viña. ³Mas ellos, agarrándole, le golpearon y le enviaron con las manos vacías. ⁴De nuevo les envió otro siervo, mas ellos le apedrearon, le hirieron en la

cabeza y también lo llenaron de injurias. ⁵Volvió a mandar otro, y le mataron. Envío otros muchos, pero a unos los golpearon y a otros los mataron.

⁶Todavía le quedaba un último hijo, muy querido, y lo envió también, pensando: «Tendrán respeto a mi hijo». ⁷Mas aquellos labradores dijeron entre sí: «Este es el heredero; venid, matémosle y la heredad será nuestra». ⁸Y después de agarrarle, le mataron y le echaron fuera de la viña.

⁹¿Qué hará, pues, el señor de la viña? Vendrá y destruirá a los labradores y dará su viña a otros.

¹⁰¿Ni aun esta escritura habéis leído?:

«La piedra que desecharon los edificadores ha venido a ser la piedra angular.

¹¹ El Señor ha hecho esto, y es cosa maravillosa a nuestros ojos».

¹²Los principales sacerdotes, los escribas y los ancianos procuraban apresarle, porque entendían que decía contra ellos aquella parábola; pero como temían a la multitud le dejaron y se fueron.

La cuestión del tributo

(Mt 22.15-22; Lc 20.20-26)

¹³Le enviaron algunos de los fariseos y de los herodianos con la intención de sorprender a Jesús en alguna palabra

comprometedora. ¹⁴Y acercándose a Jesús le dijeron:

—Maestro, sabemos que eres hombre veraz y que no te preocupa el qué dirán, pues no juzgas a la gente por las apariencias, sino que con verdad enseñas el camino de Dios. ¿Está permitido dar tributo a César o no? ¿Daremos o no daremos?

¹⁵Mas él, conociendo su hipocresía, les dijo:

—¿Por qué me tentáis? Traedme un denario para que lo vea.

¹⁶Ellos se lo trajeron y Jesús les preguntó:

—¿De quién es esta imagen y esta inscripción?

Ellos respondieron:

—De César.

¹⁷Jesús les dijo:

—Dad a César lo que es de César y a Dios lo que es de Dios.

Ellos se quedaron maravillados.

La pregunta sobre la resurrección

(Mt 22.23-33; Lc 20.27-40)

¹⁸Después vinieron a él los saduceos, que niegan la resurrección, y le preguntaron:

¹⁹—Maestro, Moisés nos dejó escrito que si el hermano de alguno muere y deja mujer pero no deja hijos, su hermano debe casarse con ella para dar descendencia al hermano difunto. ²⁰Hubo siete hermanos: el primero tomó esposa y murió sin dejar descendencia. ²¹El segundo se casó con ella, pero también murió sin

descendencia. Lo mismo pasó con el tercero y los demás. ²²Ninguno de los siete dejó descendencia. Finalmente, murió también la mujer. ²³En la resurrección, pues, cuando se levanten, ¿de cuál de ellos será mujer, ya que lo fue de los siete?

²⁴Entonces les dijo Jesús:

—¿No erráis también en esto porque ignoráis las Escrituras y el poder de Dios? ²⁵Cuando resuciten de entre los muertos, no se casarán ni se darán en casamiento, sino que serán como los ángeles que están en los cielos. ²⁶Y respecto a que los muertos resucitarán, ¿no habéis leído en el libro de Moisés cómo le habló Dios en la zarza y le dijo: *Yo soy el Dios de Abrahán, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob?* ²⁷¿No es Dios de muertos, sino de vivos! Así que erráis mucho.

El gran mandamiento

(Mt 22.34-40)

²⁸Uno de los escribas que los había oído discutir y sabía que Jesús les había respondido bien se acercó y le preguntó:

—¿Cuál es el primer mandamiento de todos?

²⁹Jesús le respondió:

—El primero de todos los mandamientos es: *Oye, Israel: el Señor nuestro Dios, el Señor uno es,* ³⁰*y amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas.* Este

es el principal mandamiento. ³¹Y el segundo es semejante: *Amarás a tu prójimo como a ti mismo*. No hay otro mandamiento mayor que estos.

³²Entonces el escriba le dijo:

—Bien, Maestro. Es verdad lo que has dicho, que Dios es uno y no hay otro fuera de él. ³³Y amarle con todo el corazón, con todo el entendimiento, con toda el alma y con todas las fuerzas, y amar al prójimo como a uno mismo, es más valioso que todos los holocaustos y sacrificios.

³⁴Jesús, viendo que había respondido sabiamente, le dijo:

—No estás lejos del reino de Dios.

Después ninguno se atrevió a hacerle más preguntas.

¿De quién es hijo el Cristo?

(Mt 22.41-46; Lc 20.41-44)

³⁵Estando Jesús enseñando en el templo preguntó:

—¿Cómo dicen los escribas que el Cristo es hijo de David? ³⁶Porque el mismo David afirma por el Espíritu Santo:

*Dijo el Señor a mi Señor:
«Siéntate a mi diestra,
hasta que ponga a tus
enemigos por estrado de
tus pies».*

³⁷Si David mismo le llama Señor, ¿cómo, pues, es su hijo?

Era mucha la gente que disfrutaba escuchándole.

Jesús acusa a los escribas

(Mt 23.1-36; Lc 11.37-54; 20.45-47)

³⁸Y les decía también en su enseñanza:

—Guardaos de los escribas, que gustan de andar con largas ropas; que los saluden en público, ³⁹las primeras sillas en las sinagogas y los primeros asientos en las cenas; ⁴⁰que devoran los bienes de las viudas, y para disimularlo hacen largas oraciones. Estos recibirán mayor condenación.

La ofrenda de la viuda

(Lc 21.1-4)

⁴¹Estando Jesús sentado delante del arca de la ofrenda, miraba cómo el pueblo echaba dinero en ella; muchos ricos depositaban mucho. ⁴²En esto, vino una viuda pobre y echó dos monedas de muy poco valor. ⁴³Entonces llamó a sus discípulos y les dijo:

—Os aseguro que esta viuda pobre ha depositado en el arca más cantidad que todos los demás, ⁴⁴porque ellos han echado de lo que les sobra, pero ella ha echado todo cuanto en su pobreza tenía, todo su sustento.

3. Discurso escatológico (13)

Jesús predice la destrucción del templo

(Mt 24.1-2; Lc 21.5-6)

13 ¹Saliendo Jesús del templo, le dijo uno de sus discípulos:

—Maestro, mira qué piedras y qué edificios.

²Jesús le respondió:

—¿Ves estos grandes edificios? No quedará piedra sobre piedra que no sea derribada.

Señales antes del fin

(Mt 24.3-28; Lc 21.7-24; 17.22-24)

³Y se sentó en el monte de los Olivos, frente al templo. Entonces Pedro, Jacobo, Juan y Andrés le preguntaron aparte:

⁴—Dinos ¿cuándo sucederán estas cosas y qué señal advertiremos cuando todas estas cosas hayan de cumplirse?

⁵Jesús comenzó a decirles:

—Mirad, que nadie os engañe. ⁶Vendrán muchos en mi nombre y dirán: «Yo soy el Cristo», y engañarán a muchos. ⁷Mas cuando oigáis de guerras y de rumores de guerras, no os turbéis. Es necesario que así suceda, pero aún no es el fin. ⁸Se levantará nación contra nación y reino contra reino. Habrá terremotos en muchos lugares y habrá hambres y alborotos. Esos sucesos serán el principio de los dolores de parto.

⁹Pero mirad por vosotros mismos, porque os entregarán a las autoridades religiosas, os azotarán en las sinagogas y por mi causa os llevarán delante de gobernadores y de reyes para dar testimonio ante ellos. ¹⁰Pero es necesario que el evangelio sea predicado antes a todas las naciones. ¹¹Y cuando os lleven para

entregaros, no os preocupéis por lo que habéis de decir, ni lo penséis. Decid lo que os sea dado en aquella hora, porque no sois vosotros quienes habláis, sino el Espíritu Santo. ¹²El hermano entregará a la muerte al hermano, y el padre al hijo; y se levantarán los hijos contra los padres y los matarán. ¹³Y seréis odiados por todos por causa de mi nombre; mas el que persevere hasta el fin será salvo.

¹⁴Pero cuando veáis la abominación desoladora de que habló el profeta Daniel, puesta donde no debe estar (el que lee, entienda), entonces los que estén en Judea huyan a los montes; ¹⁵el que esté en la azotea no descienda a la casa ni entre para tomar algo de su casa; ¹⁶y el que esté en el campo no vuelva atrás a tomar su capa. ¹⁷Mas ¡ay de las que estén embarazadas y de las que estén amamantando en aquellos días! ¹⁸Orad, pues, para que vuestra huida no suceda en invierno, ¹⁹porque aquellos días serán de una tribulación cual nunca ha habido desde el principio de la creación, que Dios hizo, hasta este tiempo, ni la habrá. ²⁰Y si el Señor no hubiera acortado aquellos días, nadie se salvaría, mas por causa de los escogidos, que él escogió, acortó aquellos días.

²¹Entonces, si alguno os dice: «Mirad, aquí está el Cristo» o «Mirad, allí está», no le creáis,

²²porque se levantarán falsos cristos y falsos profetas y harán señales y prodigios para engañar, si fuera posible, incluso a los escogidos. ²³Mas vosotros tened cuidado. Os lo he dicho todo de antemano.

La venida del Hijo del Hombre

(Mt 24.29-35, 42-44; Lc 21.25-36)

²⁴Pero en aquellos días, después de la tribulación aquella, el sol se oscurecerá y la luna no dará su resplandor. ²⁵Las estrellas caerán del cielo y las potencias que están en los cielos serán conmovidas. ²⁶Entonces verán venir al Hijo del Hombre en las nubes con gran poder y gloria. ²⁷Él enviará a sus ángeles y juntará a sus escogidos de los cuatro vientos, desde el extremo de la tierra hasta el extremo del cielo.

²⁸De la higuera aprended esta parábola: Cuando su rama se pone tierna y brotan las hojas, sabéis que el verano está cerca. ²⁹Así también vosotros: cuando veáis que suceden estas cosas que os digo, sabréis que la venida está cerca, a las puertas. ³⁰Os aseguro con certeza que no pasará esta generación sin que todo esto acontezca. ³¹El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán.

³²Pero nadie sabe cuando será el día y la hora, ni aun los ángeles que están en el cielo ni el mismo Hijo, sino solo el Padre. ³³Estad atentos, velad y orad, porque no

sabéis cuándo llegará ese tiempo. ³⁴Es como el hombre que yéndose lejos dejó su casa y dio autoridad a sus siervos, encomendando a cada uno un trabajo. Al portero le mandó que velase. ³⁵Velad, pues, porque no sabéis cuándo vendrá el señor de la casa, si al anochecer, a la medianoche, al canto del gallo o a la mañana, ³⁶para que cuando venga de repente no os halle durmiendo. ³⁷Y lo que os digo a vosotros se lo digo a todos: Velad.

4. Pasión y muerte del Señor (14-15)

El complot para prender a Jesús

(Mt 26.1-5; Lc 22.1-2; Jn 11.45-53)

14 ¹Dos días después era la Pascua y la fiesta de los Panes sin levadura. Los principales sacerdotes y los escribas buscaban cómo apresarle con engaño y matarle. ²Y decían:

—No durante la fiesta, para que no se alborote el pueblo.

Jesús es ungido en Betania

(Mt 26.6-13; Jn 12.1-8)

³Estando él en Betania, sentado a la mesa en casa de Simón el leproso, vino una mujer con un vaso de alabastro que contenía perfume de nardo puro de mucho valor y quebrando el vaso lo derramó sobre la cabeza de Jesús. ⁴Hubo algunos que se enojaron dentro de sí y dijeron:

—¿Para qué se ha hecho este desperdicio de perfume? ⁵Podía haberse vendido por el equivalente al jornal de todo un año y habérselos dado a los pobres.

Y murmuraban contra ella.

⁶Pero Jesús dijo:

—Dejadla, ¿por qué la molestáis? Buena obra me ha hecho. ⁷Siempre tendréis a los pobres con vosotros y cuando queráis les podréis hacer bien; mas a mí no siempre me tendréis. ⁸Esta mujer ha hecho lo que podía, porque se ha anticipado a ungir mi cuerpo para la sepultura. ⁹Os aseguro con certeza que en cualquier parte del mundo donde se predique este evangelio se recordará también a esta mujer y lo que hizo.

Judas ofrece entregar a Jesús

(Mt 26.14-16; Lc 22.3-6)

¹⁰Entonces Judas Iscariote, uno de los doce, fue a los principales sacerdotes para entregarles a Jesús. ¹¹Ellos se alegraron al oírlo y prometieron darle dinero, y Judas comenzó a buscar una oportunidad para entregárselo.

Institución de la Cena del Señor

(Mt 26.17-29; Lc 22.7-23; Jn

13.21-30; 1 Co 11.23-26)

¹²El primer día de la fiesta de los Panes sin levadura, cuando sacrificaban el cordero de la Pascua, sus discípulos le preguntaron:

—¿Dónde quieres que hagamos los preparativos para que comas la Pascua? ¹³Jesús envió a dos de sus discípulos y les dijo:

—Id a la ciudad y os saldrá al encuentro un hombre que lleva un cántaro de agua. Seguidle, ¹⁴y donde entre decid al dueño de la casa: «El Maestro dice: ¿Dónde está el aposento en el que he de comer la Pascua con mis discípulos?». ¹⁵Él os mostrará en la parte alta un gran aposento, ya dispuesto. Haced allí los preparativos para nosotros.

¹⁶Fueron sus discípulos, entraron en la ciudad, hallaron lo que les había dicho y prepararon la Pascua.

¹⁷Cuando llegó la noche, vino Jesús con los doce. ¹⁸Se sentaron a la mesa y mientras comían les dijo:

—Con certeza os digo que uno de vosotros, que está comiendo conmigo, me va a entregar.

¹⁹Ellos comenzaron a entristecerse y a preguntarle uno tras otro:

—¿Acaso seré yo?

Y el otro:

—¿Seré yo?

²⁰El les respondió:

—Uno de los doce, el que moja conmigo en el plato. ²¹A la verdad, el Hijo del Hombre se va, tal como está escrito de él, pero ¡ay de aquel por quien el Hijo del Hombre es entregado! Bueno le fuera a ese hombre no haber nacido.

²²Mientras comían, Jesús tomó pan, lo bendijo, lo partió y les dio, diciendo:

—Tomad, esto es mi cuerpo.

²³Después tomó la copa y, habiendo dado gracias, se la dio también y bebieron de ella todos. ²⁴Y les dijo:

—Esto es mi sangre del nuevo pacto que por muchos es derramada. ²⁵Os aseguro que no beberé más del fruto de la vid hasta el día aquel en que lo beba nuevo en el reino de Dios.

Jesús anuncia la negación de Pedro

(Mt 26.30-35; Lc 22.31-34; Jn 13.36-38)

²⁶Cantaron el himno y después salieron al monte de los Olivos.

²⁷Entonces Jesús les dijo:

—Todos os apartaréis de mí esta noche, pues esto dicen las escrituras: *Herirá al pastor y las ovejas serán dispersadas.*

²⁸Pero después que haya resucitado iré delante de vosotros a Galilea.

²⁹Entonces Pedro le dijo:

—Aunque todos se aparten de ti, yo no lo haré.

³⁰Y le dijo Jesús:

—Te aseguro que tú hoy, en esta noche, antes que el gallo haya cantado dos veces, me negarás tres veces.

³¹Mas Pedro insistía diciendo:

—Aunque tenga que morir contigo, no te negaré.

Los demás también decían lo mismo.

Jesús ora en Getsemaní

(Mt 26.36-46; Lc 22.39-46)

³²Vinieron, pues, a un lugar que se llama Getsemaní, y Jesús dijo a sus discípulos:

—Sentaos aquí, mientras que yo oro. ³³Se llevó consigo a Pedro, a Jacobo y a Juan, y comenzó a entristecerse y a angustiarse. ³⁴Y les dijo:

—Mi alma está muy triste, hasta la muerte; quedaos aquí y velad.

³⁵Y yéndose un poco adelante, se postró en tierra y oró pidiendo que si fuera posible pasara de él aquella hora. ³⁶Y decía:

—Abba, Padre, todas las cosas son posibles para ti. Aparta de mí esta copa, pero no se haga lo que yo quiero, sino lo que quieres tú.

³⁷Vino luego y halló a los discípulos durmiendo, y dijo a Pedro:

—Simón, ¿duermes? ¿No has podido velar una hora? ³⁸Velad y orad para que no entréis en tentación. El espíritu, a la verdad, está dispuesto, pero la carne es débil.

³⁹Jesús otra vez fue y oró con las mismas palabras. ⁴⁰Al volver, de nuevo los halló durmiendo: tenían los ojos cargados de sueño y no sabían qué responderle. ⁴¹Vino la tercera vez y les dijo:

—Ya podéis dormir y descansar. Ya todo ha terminado. La hora ha llegado: he aquí el Hijo del Hombre va a ser entregado en manos de los pecadores.

⁴²Levantaos. Vamos. El que me entrega está cerca.

Arresto de Jesús

(Mt 26.47-56; Lc 22.47-53; Jn 18.2-11)

⁴³Estando aún hablando, llegó Judas, uno de los doce. Con él venía mucha gente armada con espadas y palos, enviada por los principales sacerdotes, los escribas y los ancianos. ⁴⁴Judas les había dado esta señal:

—Al que yo bese, ese es. Apresadle y llevadle bien sujeto.

⁴⁵Acercándose a él le dijo:

—¡Maestro! ¡Maestro!

Y le besó. ⁴⁶Quienes venían con él le echaron mano y le prendieron.

⁴⁷Pero uno de los que estaban allí sacó la espada, hirió al siervo del sumo sacerdote y le cortó la oreja. ⁴⁸Jesús les dijo:

—¿Habéis venido con espadas y con palos para apresarme, como si fuera yo un ladrón? ⁴⁹Estuve todos los días con vosotros enseñando en el templo y no me prendisteis. Mas así debe ser, para que se cumplan las Escrituras.

⁵⁰Entonces todos los discípulos le abandonaron y huyeron.

El joven que huyó

⁵¹A cierto joven, que cubría el cuerpo con una sábana e iba siguiendo a Jesús, también le prendieron; ⁵²mas él dejando la sábana se escapó desnudo.

Jesús ante el Concilio

(Mt 26.57-68; Lc 22.54-55,63-71; Jn 18.12-14,19-24)

⁵³Trajeron, pues, a Jesús al sumo sacerdote y se juntaron a él todos los principales sacerdotes, los ancianos y los escribas. ⁵⁴Pedro le siguió de lejos hasta dentro del patio del sumo sacerdote; y estaba sentado con los guardias calentándose al fuego. ⁵⁵Los principales sacerdotes y todo el Concilio buscaban testimonio contra Jesús para entregarlo a la muerte, mas no lo hallaban, ⁵⁶porque muchos testificaban contra él en falso y sus testimonios no concordaban. ⁵⁷Algunos se levantaron y dieron falso testimonio contra él con estas palabras:

⁵⁸—Nosotros le hemos oído decir: «Yo derribaré este templo hecho por manos humanas y en tres días edificaré otro que no es obra de manos de hombre».

⁵⁹Pero ni aun así concordaban en el testimonio. ⁶⁰Entonces el sumo sacerdote, levantándose, preguntó a Jesús:

—¿No respondes nada? ¿Qué testifican estos contra ti?

⁶¹Pero él callaba y nada respondía. El sumo sacerdote le volvió a preguntar:

—¿Eres tú el Cristo, el Hijo del Bendito?

⁶²Jesús le dijo:

—Yo soy. Y veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del

poder de Dios y viniendo en las nubes del cielo.

⁶³Entonces el sumo sacerdote rasgó sus vestiduras y dijo:

—¿Qué necesidad tenemos de más testigos? ⁶⁴Habéis oído la blasfemia. ¿Qué os parece?

Y todos ellos le condenaron y le consideraron reo de muerte.

⁶⁵Entonces algunos comenzaron a escupirle y cubriéndole el rostro le daban puñetazos y le decían:

—Profetiza.

También los guardias le abofeteaban.

Pedro niega a Jesús

(Mt 26.69-75; Lc 22.55-62; Jn 18.15-18,25-27)

⁶⁶Mientras tanto, Pedro estaba abajo, en el patio. Entonces vino una de las criadas del sumo sacerdote ⁶⁷y vio a Pedro, que estaba calentándose, y mirándole le dijo: —Tú también estabas con Jesús el nazareno.

⁶⁸Pero él lo negó diciendo:

—No le conozco, ni sé lo que dices.

Pedro marchó hacia la entrada. Entonces cantó el gallo. ⁶⁹Cuando la criada lo vio de nuevo comenzó a decir a los que estaban allí:

—Este es uno de ellos.

⁷⁰Él volvió a negarlo. Poco después, los que estaban allí dijeron otra vez a Pedro:

—Verdaderamente, tú eres de ellos, porque eres galileo y tu habla es semejante.

⁷¹Pedro comenzó a maldecir y a jurar:

—No conozco a este hombre de quien habláis.

⁷²Y el gallo cantó por segunda vez. Entonces Pedro se acordó de las palabras que Jesús le había dicho: «Antes que el gallo cante por segunda vez, me negarás tres veces». Y comenzó a llorar.

Jesús ante Pilato

(Mt 27.1-2,11-14; Lc 23.1-5; Jn 18.28-38)

15 ¹Muy de mañana, después de haberse reunido en consejo para deliberar los principales sacerdotes, los ancianos, los escribas y todo el Concilio, llevaron a Jesús atado y lo entregaron a Pilato. ²Pilato le preguntó:

—¿Eres tú el Rey de los judíos?

Jesús le respondió:

—Tú lo dices.

³Los principales sacerdotes le acusaban de muchas cosas. ⁴Entonces Pilato le preguntó otra vez:

—¿Nada respondes? Mira de cuántas cosas te acusan.

⁵Pero Jesús ni aun así respondió, motivo por el que Pilato quedó extrañado.

Jesús sentenciado a muerte

(Mt 27.15-31; Lc 23.13-25; Jn 18.38-19.16)

⁶En el día de la fiesta Pilato, a petición del pueblo, solía poner en libertad a un preso. ⁷Y había uno, llamado Barrabás que, con sus compañeros de motín, estaba

preso pues en una revuelta habían cometido un homicidio. ⁸La multitud comenzó a pedir a Pilato que hiciera como acostumbraba, ⁹y Pilato les respondió:

—¿Queréis que os suelte al Rey de los judíos? ¹⁰Pilato sabía que los principales sacerdotes lo habían entregado por envidia. ¹¹Pero estos incitaron a la multitud para que Pilato soltara más bien a Barrabás. ¹²Pilato les respondió otra vez:

—¿Qué queréis que haga con el que llamáis Rey de los judíos?

¹³Y ellos volvieron a gritar:

—¡Crucifícale!

¹⁴Pilato entonces preguntó:

—¿Pues qué mal ha hecho?

Pero ellos gritaban aun más:

—¡Crucifícale!

¹⁵Y Pilato, queriendo satisfacer al pueblo, les soltó a Barrabás y entregó a Jesús, después de azotarlo, para que fuera crucificado.

¹⁶Entonces los soldados lo llevaron dentro del atrio, esto es, al pretorio, y reunieron a toda la compañía. ¹⁷Le vistieron de púrpura, le pusieron una corona tejida de espinas ¹⁸y comenzaron a saludarle:

—¡Salve, rey de los judíos!

¹⁹Le golpeaban la cabeza con una caña, le escupían y, puestos de rodillas, le hacían reverencias. ²⁰Después de haberse burlado de él, le quitaron la púrpura, le pusieron sus propios vestidos y le sacaron para crucificarle.

Crucifixión y muerte de Jesús

(Mt 27.32-56; Lc 23.26-49; Jn 19.17-30)

²¹Simón de Cirene, padre de Alejandro y de Rufo, venía del campo y al pasar le obligaron a cargar la cruz.

²²Y llevaron a Jesús a un lugar llamado Gólgota, que significa «Lugar de la Calavera». ²³Le dieron a beber vino mezclado con mirra, mas él no lo tomó. ²⁴Cuando le crucificaron, repartieron entre sí sus vestidos, echando suertes sobre ellos para ver qué se llevaría cada uno.

²⁵Eran las nueve de la mañana cuando le crucificaron. ²⁶Y el letrado con la causa de su condena decía: «El Rey de los Judíos».

²⁷Crucificaron también con él a dos ladrones, uno a su derecha y el otro a su izquierda. ²⁸Así se cumplió la Escritura que dice: *Y fue contado con los pecadores.*

²⁹Los que pasaban le insultaban y, meneando la cabeza, decían:

—¡Ah! Tú, el que derribas el templo de Dios y en tres días lo reedificas, ³⁰sálvate a ti mismo y desciende de la cruz.

³¹De esta manera también los principales sacerdotes y los escribas participaban del escarnio y se decían unos a otros:

—Salvó a otros, pero no se puede salvar a sí mismo. ³²El Cristo, Rey de Israel, descienda ahora de la cruz para que veamos y creamos.

También los que estaban crucificados con él le injuriaban.

³³Cuando llegó el mediodía, toda la tierra se sumió en tinieblas hasta las tres de la tarde. ³⁴Y a las tres de la tarde, Jesús clamó a gran voz:

—¡Eloí, Eloí!, ¿lama sabactani?, que significa «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?».

³⁵Algunos de los que estaban allí decían al oírlo:

—Mirad, llama a Elías.

³⁶Uno de ellos corrió a empujar una esponja en vinagre, la puso en una caña y le dio de beber diciendo:

—Dejad, veamos si viene Elías a bajarlo.

³⁷Mas Jesús, dando un fuerte grito, expiró. ³⁸Entonces el velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo. ³⁹Y el centurión que estaba frente a él, al ver que había expirado clamando así, dijo:

—Verdaderamente este hombre era el Hijo de Dios.

⁴⁰También había algunas mujeres mirando de lejos. Entre ellas se encontraban María Magdalena, María la madre de Jacobo el menor y de José, y Salomé. Estas mujeres eran ⁴¹quienes, cuando Jesús estaba aún en Galilea, le seguían y le servían. También había otras muchas que habían subido con él a Jerusalén.

Jesús es sepultado

(Mt 27.57-61; Lc 23.50-56; Jn 19.38-42)

⁴²Era el día de la preparación, es decir, la víspera del sábado, y, cuando llegó la noche, ⁴³José

de Arimatea, miembro noble del Concilio y que, a su vez, esperaba el reino de Dios, se presentó con todo atrevimiento ante Pilato para pedir el cuerpo de Jesús. ⁴⁴Pilato, sorprendido de que ya hubiera muerto, llamó al centurión para preguntarle si, efectivamente, estaba muerto. ⁴⁵Confirmado el hecho por el centurión, Pilato dio el cuerpo a José. ⁴⁶Después de bajarlo de la cruz, José, que había comprado una sábana de lino, lo envolvió en ella y lo puso en un sepulcro excavado en una roca e hizo rodar una piedra para cerrar la entrada. ⁴⁷María Magdalena y María la madre de José miraban dónde se ponía el cuerpo.

5. La mañana de la resurrección (16.1-8)

La resurrección

(Mt 28.1-10; Lc 24.1-12; Jn 20.1-10)

16 ¹Cuando pasó el sábado, María Magdalena, María la madre de Jacobo, y Salomé, compraron especias aromáticas para ir a ungirlo. ²Y el primer día de la semana, muy de mañana, recién salido el sol, vinieron al sepulcro, ³y se iban preguntando:

—¿Quién nos removerá la piedra de la entrada del sepulcro?

⁴Pero levantando la vista vieron que la piedra, que era muy grande, estaba removida. ⁵Cuando entraron en el sepulcro vieron a un joven sentado al lado derecho, cubierto con una larga túnica

blanca, y se asustaron. ⁶Mas él les dijo:

—No temáis. Buscáis a Jesús nazareno, el que fue crucificado. Ha resucitado, no está aquí: mirad el lugar en donde lo pusieron. ⁷Pero id, decid a sus discípulos y a Pedro, que él va delante de vosotros a Galilea. Allí lo veréis, como os dijo.

⁸Ellas huyeron apresuradas del sepulcro, presas de temblor y espanto. Y no dijeron nada a nadie, por el miedo que tenían.

III. APÉNDICE (16.9-20)

Jesús se aparece a María Magdalena (Jn 20.11-18)

⁹Jesús resucitó el primer día de la semana muy de mañana y se apareció en primer lugar a María Magdalena, de quien había echado siete demonios. ¹⁰Ella fue a comunicárselo a los que habían estado con él, que se encontraban tristes y lloraban. ¹¹Y cuando oyeron que Jesús vivía y que ella le había visto, no lo creyeron.

Jesús se aparece a dos de sus discípulos (Lc 24.13-35)

¹²Después de esto, Jesús se apareció en forma diferente a dos

discípulos que iban de camino al campo. ¹³Estos fueron a anunciárselo a los demás; y ni aun a ellos les creyeron.

Jesús comisiona a los apóstoles (Mt 28.16-20; Lc 24.36-49; Jn 20.19-23)

¹⁴Finalmente, Jesús se apareció a los once, mientras estaban ellos sentados a la mesa, y les reprochó su incredulidad y la dureza de corazón, porque no habían creído a quienes le habían visto resucitado. ¹⁵Y les dijo:

—Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura. ¹⁶El que crea y sea bautizado será salvo, mas el que no crea será condenado. ¹⁷Estas señales seguirán a los que crean: En mi nombre echarán fuera demonios; hablarán nuevas lenguas; ¹⁸tomarán serpientes en las manos; aunque beban veneno no les hará daño y pondrán sus manos sobre los enfermos y sanarán.

La ascensión (Lc 24.50-53)

¹⁹Y el Señor, después de hablarles, fue recibido en el cielo y se sentó a la diestra de Dios. ²⁰Ellos salieron y predicaron en todas partes con la ayuda del Señor y confirmando la palabra con las señales que la acompañaban. Amén.

ANTES DE CERRAR ESTE LIBRO

¿Quieres experimentar esta nueva vida en ti?

Jesús dice en Juan 6.37 *“El que a mí viene, no le echo fuera”*.

Dios te ama, y jamás te rechazará. Solo tienes que hablarle sinceramente, desde lo más profundo de tu corazón, pedirle perdón, e invitarle a entrar en tu vida. Podrías decirle algo así:

Señor, creo en ti, y quiero empezar a vivir esta vida plena que tú me ofreces. Perdóname por caminar de espaldas a ti. De hoy en adelante quiero seguir tus pisadas. Te pido que seas el Señor de mi vida.

Haz esta oración, el Señor quiere entrar en tu vida.



Sociedad Bíblica